



Pueblos originarios urbanos: ¿nuevos actores en el panorama multicultural de la Ciudad de México?

Cuahtémoc Ochoa Tinoco

Síntesis curricular

Sociólogo por la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, maestro en Planeación y Políticas Metropolitanas por la misma institución, doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha participado en diversos proyectos de investigación y publicado artículos relacionados con procesos socioculturales en la Ciudad de México y en la frontera norte del país. Ha sido docente en la UAM, en el Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, Plantel Vallejo y, actualmente, es Profesor Investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Resumen

En este escrito se reflexiona sobre el significado e importancia actual de los pueblos originarios urbanos en el panorama multicultural de la Ciudad de México. También se expone cómo estos pueblos *sui generis*, con una larga historia en la cuenca del Valle de México, mantienen, reproducen y recrean prácticas culturales y universos simbólicos, tanto de raíz mesoamericana como mestiza, las cuales se han ido amal-

Recibido: 10-oct-2014

Aprobado: 5-nov-2014

gamando a lo largo de su existencia y se expresan en diferentes formas de habitar la ciudad; asimismo, se explica la emergencia en décadas recientes de estas comunidades como actores culturales, sociales y políticos que se visibilizan y reclaman su derecho a existir y ser parte de la metrópoli. Finalmente, se plantean algunas preguntas y líneas de la discusión presente sobre esta temática.

Palabras clave: multiculturalismo, pueblos originarios urbanos, diversidad cultural, Ciudad de México.

Abstract

It reflects on the meaning and importance of urban native peoples in the multicultural landscape of the city of Mexico. It is exposed as these peoples *sui generis*, with a long history in the basin of the Valley of Mexico, they maintain, reproduce and recreate cultural practices and symbolic universes, both root Mesoamerican as mestizo, which have been amalgamating to long them of its existence and are expressed in different ways of inhabiting the city; also explains the emergence in recent decades of these communities such as cultural, social and political actors who will make visible and claim their right to exist and be part of the metropolis. Finally, raised some questions and lines of the present discussion on this topic.

Keywords: multiculturalism, urban natives peoples, cultural diversity, City of Mexico.



Las ciudades y la diversidad

Las ciudades se caracterizan por lo diverso, por la convivencia conflictiva de lo diferente, por la presencia de la pluralidad en ámbitos como el social, cultural y político. Los rostros de una urbe se van configurando a partir de la incorporación, combinación y fusión de múltiples orígenes étnicos y sus universos simbólicos, de una variedad de prácticas culturales y sociales, algunas de ellas de larga data en ese espacio y de otras más venidas de confines inimaginables. En muchas ocasiones, a lo largo de la historia, los procesos de interacción e intercambio en esos territorios suelen ser rechazados, combatidos o marginados; sin embargo, los resultados de aquéllos han sido inesperados y han intervenido en la construcción y definición de lo que son cada una de las ciudades en la actualidad. La diversidad social y cultural de las urbes proviene de numerosas raíces y de expresiones de distintas etapas históricas que perviven, se reproducen, recrean y se transforman en el espacio y la sociedad urbana. Borja y Castell plantean que “nuestro mundo es étnica

y culturalmente diverso y las ciudades concentran y expresan dicha diversidad. Frente a la homogeneidad afirmada e impuesta por el Estado a lo largo de la historia, la mayoría de las sociedades civiles se han constituido históricamente a partir de una multiplicidad de etnias y culturas...”.¹ Esta multiplicidad se muestra de forma más extendida y profunda en las metrópolis contemporáneas, que son lugares de confluencias de culturas y asiento de múltiples relaciones e intensos intercambios culturales.

Las metrópolis en la era de la globalización experimentan cambios vertiginosos generados por las nuevas condiciones de producción global y de las necesidades del mercado capitalista. En ellas se observan impactos sobre su estructura social y espacial, así como transformaciones en las relaciones sociales y culturales tradicionales a nivel local. Los nuevos procesos de urbanización tienen un componente migratorio ineludible, producto del desplazamiento humano provocado por la destrucción de viejas formas productivas y de la creación de nuevos centros de actividad.² En este contexto se intensifican los procesos de migración campo-ciudad, las migraciones regionales y las migraciones internacionales de todo tipo. Asimismo, los procesos acelerados de urbanización incorporan nuevos territorios periféricos a la metrópoli, los cuales difieren



en muchos sentidos de la lógica urbana dominante. Todo ello complejiza las relaciones culturales en el interior de las urbes, promueve una diferenciación interna y hace imperioso atender la emergencia ante la creación de un mosaico de culturas y subculturas,³ aunado a la conformación de comunidades urbanas marcadas por formas propias de ser y estar en el espacio ciudadano.

Bajo este panorama, queremos resaltar lo relacionado con la presencia y consolidación de distintas modalidades de estar en la ciudad. Si bien la globalización impacta lo local, en esta dimensión aparecen y se consolidan ciertas formas singulares de habitar la ciudad, de conservar el territorio propio, asediado por lo externo y moderno, y de mantener un conjunto de relaciones sociales comunitarias particulares. En este sentido podemos resumir que en

¹ Jordi Borja y Manuel Castells, *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus, 1997, pág. 111.

² *Ibidem*, cap. 2.

³ Eduardo Nivón, “Metrópolis y multiculturalidad”, en Aguilar, Miguel Ángel, César Cisneros y Eduardo Nivón (coords.), *Territorio y cultura en la Ciudad de México*, t. 2, *Diversidad*, México, UAM-Iztapalapa, Plaza y Valdés, 1999.



diferentes tiempos y de modos diversos los procesos de migración regional, nacional e internacional, ya mencionados, han ido reconfigurando el panorama sociodemográfico y cultural de las urbes a lo largo y ancho del planeta. La existencia de variados estilos de vida y consumo urbanos, de variadas maneras de entender la ciudad, de reconocer y reproducir mundos simbólicos del pasado y del presente, ya sea local o de fuera, así como la apropiación de los entornos territoriales por los diferentes colectivos, se ha traducido en luchas por su reconocimiento, por sus derechos y por un marco normativo que les permita su existencia al igual que otros grupos, ya sean étnicos o culturales.

Así, pues, la ciudad es un espacio de múltiples comunidades, pueblos, grupos y clases que a partir de sus prácticas socioculturales, de su actuar político y su actividad económica la han ido transformando espacial, social y culturalmente. El mundo multicultural⁴ de cada

ciudad se constituye por complejos procesos, conflictos variados, actores con intereses e identidades específicas, así como diferenciadas formas de gestión social y estatal de esa diversidad; todo ello acentúa los rasgos característicos de cada urbe, sobre todo de las metrópolis, pese a las tendencias homogeneizadoras y unificadoras de la globalización.

Ciudad de México, ciudad multicultural

En este contexto, podemos identificar a la Ciudad de México como una ciudad multicultural. La ciudad se ha conformado a lo largo de su historia por grupos humanos de diferentes orígenes y lugares. Sus pobladores son un arcoíris: muchos de ellos provienen de todos los estados del país, y no es exagerado plantear que de todos los grupos étnicos y culturales que componen la nación mexicana. También este colorido aba-

es necesario anotar algunos elementos básicos de la perspectiva multicultural en la que se base nuestro análisis. El paradigma del multiculturalismo pretende entender e interpretar la compleja dinámica cultural a partir de la idea fundamental de la necesidad de reconocer las diferencias y las identidades culturales en las sociedades contemporáneas, y asegurar que las instituciones promuevan y otorguen a los individuos las condiciones o los medios efectivos para cultivar y transmitir sus diferencias. Gilberto Giménez identifica tres dimensiones de esta perspectiva: una, como concepto descriptivo (o demográfico); dos, como concepto normativo (ideología o filosofía que afirma que es moralmente deseable que las sociedades sean multiculturales) y, tres, como concepto político-programático (modelos de política pública y propuesta de organización social). Sobre el tema véase Giménez Gilberto, “De la multiculturalidad a la interculturalidad: nuevos planteamientos sobre la dinámica cultural y el derecho a la cultura”, en Casas, Rosalba y Carton de Grammont, Hubert (comps.), *Democracia, conocimiento y cultura*, México, UNAM, 2012, págs. 322-325.

⁴ Si bien no desarrollaremos este tema con amplitud,

nico está compuesto de gente llegada de países de América Latina, de América del Norte, de Europa y, aunque en menor cantidad de Asia y África. Todos estos grupos se fueron incorporando al panorama multicultural de la urbe en diversos periodos históricos, cuyos motivos van desde la migración económica hasta el exilio político.

No obstante el peso de las migraciones, la multiculturalidad de la ciudad también está construida a partir de las culturas y subculturas propias de la región que conforman la zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), y otras que han surgido a partir de la dinámica cultural de los diversos colectivos que la habitan; algunas de aquellas culturas tienen una larga presencia en el territorio a través de los denominados pueblos originarios, cuyas referencias y origen datan de las primeras culturas mesoamericanas que se desarrollaron en la cuenca del Valle de México. La historia de los pueblos de la cuenca, afirma María Ana Portal, “se entreteje inexorablemente con la historia de la Ciudad de México. De origen prehispánico, pero reconstituidos y refundados durante el periodo colonial, a lo largo del tiempo han tenido una gran presencia en la configuración socioterritorial de la urbe”.⁵

Su permanencia y, al mismo tiempo, su capacidad de adaptación y cambio han dado como resultado formas particu-

lares de habitar la ciudad. Emilio Duhau y Angela Giglia afirman que dentro de las múltiples formas de habitarla, los pueblos

representan hoy una de las caras más emblemáticas y complejas de la diversidad cultural en la metrópoli, por su carácter profundamente *otro* con respecto al orden moderno y al mismo tiempo, por representar un pedazo de la cultura mexicana más arraigada. Dentro de la metrópoli los pueblos son algo extraño y marginado, siendo al mismo tiempo lo más local y lo más original que hay. Representan otro mundo, pero este otro mundo es una parte imprescindible del imaginario colectivo alrededor de lo mexicano.⁶

Los pueblos originarios, tanto los conurbados como los que ya son parte de la ciudad desde muchas décadas atrás, son una “realidad social y cultural *sui generis*, que ha estado empeñada en mantener y alimentar su diferencia cultural desde hace siglos”.⁷ Esta realidad, si bien ha sido una parte importante en la vida de la ciudad, no es hasta hace aproximadamente dos décadas que emerge como un fenómeno de interés cultural, social y político.

Los pueblos originarios urbanos

Al aproximarnos a estos pueblos urbanos surge una gran cantidad de interrogantes

⁵ María Ana Portal, “El desarrollo urbano y su impacto en los pueblos originarios en la Ciudad de México”, en *Alteridades*, año 23, núm. 46, julio-diciembre de 2013, pág. 53.

⁶ Emilio Duhau y Angela Giglia, *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, México, Siglo XXI Editores, UAM-Azcapotzalco, 2008, pág. 361.

⁷ *Idem*.

que pueden ir desde ¿cuándo y quiénes comienzan a hablar de pueblos originarios en la Ciudad de México?, ¿por qué y para qué surge el planteamiento de su existencia?, ¿cuál es la forma correcta de nombrarlos: pueblos urbanos, pueblos y barrios originarios, comunidades históricas o pueblos originarios urbanos?, ¿cuántos pueblos existen de este tipo?, ¿qué características tienen en general?, ¿qué procesos permiten la permanencia de una vertebración cultural mesoamericana y qué elementos de ella están presentes en sus prácticas culturales y en sus formas de organización social actuales?, ¿qué elementos de otras culturas y tiempos se han agregado a lo largo de su historia hasta el presente?, ¿qué diferencias existen entre los pueblos del sur y del norte de la ciudad?, ¿qué relevancia o impacto tienen en el orden urbano y en la diversidad cultural de la capital?, entre otras muchas preguntas.

También surgen cuestionamientos que es preciso exponer, pues como puede observarse, es un tema polémico y actual no sólo en la discusión académica sino social, política y urbana, como se comentará más adelante. Entre otros cuestionamientos, que abordaremos con detalle más tarde, están, por ejemplo: ¿si realmente existe en la actualidad una densidad histórico-cultural que los haga diferentes?, o si la defensa de ciertas tradiciones y prácticas comunitarias entran en conflicto con el orden jurídico y político establecido formalmente, ¿cómo se resuelven tales contradicciones? Asi-

mismo, hay una idea de que el reconocimiento o autodefinición de pueblo originario sólo es un discurso político de actores locales, basado en lo cultural, que busca influir u obtener beneficios en las esferas política y social. Hay planteamientos radicales como el que establece que esta temática es una ficción construida por académicos y líderes sociales y comunitarios a partir de los fragmentos de un idílico pasado que se quiere recrear en el presente.

Para entender el tema y la discusión sobre el significado y el papel de estos pueblos en la vida de la ciudad, exponemos algunos aspectos relevantes. Aunque sólo anotamos elementos generales dado el espacio de esta colaboración, sí citamos diversos materiales que son básicos para el acercamiento a la temática,⁸ la cual, en los años recientes

⁸ Entre los materiales relevantes que se han publicado sobre distintos aspectos de los pueblos originarios urbanos podemos citar los siguientes: María Ana Portal, *Ciudadanos desde el pueblo. Identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec, Tlalpan, México, DF*, México, UAM-Iztapalapa, Dirección de Culturas Populares, 1997; Andrés Medina (coord.), *Historia negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. México, UNAM, UACM, 2007; Pablo Yanes, *El desafío de la diversidad. Los pueblos indígenas, la Ciudad de México y las políticas públicas del Gobierno del Distrito Federal, 1998-2006*, México, tesis de Maestría en Gobierno y Asuntos Públicos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2007; Teresa Mora, *Atlas etnográfico de la Ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008; Iván Gomezcésar. “Los pueblos originarios de la Ciudad de México”, en Francisco Chavira, et al. *Crónicas de los pueblos originarios*, México, UACM, 2008; revista *Nueva Antropología*, vol. XXIII, núm. 73, julio-diciembre de 2010; Lucía Álvarez (coord.), *Pueblos urbanos. Identidades, ciudadanía y territorio en la Ciudad de México*, México, UNAM, Conacyt, Miguel Ángel Porrúa, 2011; Emilio Duhau y Angela Giglia, *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, México, Siglo XXI Editores, UAM-Azcapotzalco, 2008, págs. 361-393.



ha tenido un incremento considerable en su bibliohemerografía.

En primer lugar, debemos anotar que este concepto de pueblo originario todavía es discutido por los académicos y por los propios integrantes de estos pueblos. En principio, en el caso de la Ciudad de México, es una autodefinición de carácter simbólico-político que un grupo de nativos de los pueblos asentados en la delegación Milpa Alta utilizó para adquirir visibilidad en el contexto de la organización del movimiento indígena que surgió a raíz del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y para defender sus territorios asumiéndose como legítimos herederos de los antiguos pobladores del Anáhuac. Esta autodefinición que, según Andrés Medi-

na, proviene de los núcleos más politizados de estas poblaciones, ha ido ganando terreno paulatinamente, de tal manera que si bien no es admitida por la totalidad de los pueblos, es compartida por buena parte de ellos. El término entonces tiene una gran carga política, aunque también ideológica, ya que permite a los pueblos reconocer lo indígena como un pasado, aunque en muchos casos no sea así su presente, que se sobreentendería como mestizo.⁹ Esta denominación surge también como un modo de reivindicación y defensa de sus recursos naturales, de sus territorios, de sus prácticas y patrimonios culturales, asediados por los procesos de urbanización generados por diversos agentes sociales y econó-

⁹ Andrés Medina, *op. cit.*, págs. 15-19.

micos de la metrópoli.

Ahora bien, los pueblos originarios asentados en la ZMCM y su periferia no son pueblos indígenas. Aunque reconocen un pasado prehispánico, en la mayoría de los casos no se definen como indígenas. Para algunos pueblos el legado colonial, o más reciente, el del siglo pasado, es también reconocido e incorporado a su historia. Así, de hecho, el término “originario” marca una distancia con la cuestión étnica indígena y establece una situación de preexistencia a la estructura jurídico-administrativa que hoy conforma la ciudad.¹⁰

Estos pueblos se localizan sobre todo en las delegaciones del sur y oeste del Distrito Federal (DF): Milpa Alta, Tláhuac, Xochimilco, Tlalpan, Magdalena Contreras y Cuajimalpa, pero existe un número también importante asentado en el resto de las delegaciones como Azcapotzalco, Gustavo A. Madero, Iztapalapa, Iztacalco, etc. Asimismo, en la zona metropolitana existen decenas de pueblos que han sido incorporados al área urbana, o están vinculados intensamente con ella y en los cuales se observan rasgos y procesos similares a los que experimentan los pueblos del Distrito Federal. La persistencia de estos pueblos ha obedecido, según Lucía Álvarez, a que “han permanecido sobre sus territorios originarios y conservan buena parte de su estructura originaria en lo espacial y en su organización interna, así como diversas modalidades de autorregula-

ción: prácticas culturales, económicas, territoriales y políticas (autoridades propias, formas de representación y mecanismos de toma de decisiones)”. Estas características han provocado que estos pueblos “estén en permanente tensión con las tendencias urbanizadoras y en una situación marginal en relación con las prácticas y procesos urbanos hegemónicos”.¹¹

Con base en una revisión de diferentes autores, Lucía Álvarez identifica algunos de los aspectos socioculturales más importantes que caracterizan a estos pueblos, a saber: tienen un origen prehispánico reconocido; mantienen un vínculo con la tierra y el control sobre sus territorios y los recursos naturales; reproducen un sistema festivo centrado en las fiestas patronales y organizado a partir del sistema de cargo; mantienen estructuras de parentesco consolidadas; conservan el nombre que les fue asignado durante la Colonia (compuesto por el nombre de un santo o santa patrona y un nombre en náhuatl; en ocasiones, sólo tienen una de las dos denominaciones), y reproducen un patrón de asentamiento urbano particular caracterizado por un centro conformado por una plaza a la que rodean, principalmente, la iglesia, edificios administrativos y comercios, entre otros atributos.¹²

Sin embargo, existen otros elementos que se deben considerar para

¹¹ Lucía Álvarez, “La diversidad de los pueblos de la Ciudad de México”, en *La Jornada del Campo*, núm. 38, 20 de noviembre de 2010, pág. 10.

¹² *Idem.*

¹⁰ María Ana Portal, *op. cit.*, pág. 55.



entender la conformación de tales pueblos y su dinámica de funcionamiento y organización. Por ejemplo, para Iván Gomez César es importante identificar en la base de los pueblos un conjunto de familias autoidentificadas como originarias, y territorios en los cuales se distinguen espacios de uso comunitario y para desarrollar la vida ritual. Además, anota el investigador, la continuidad de estos pueblos está basada en formas de

organización comunitaria y en un sistema festivo, que tiene como elemento central un santo o santa patrona y en el que pueden apreciarse elementos culturales de origen mesoamericano, colonial y una permanente capacidad de adaptación a las nuevas influencias culturales de su entorno, que no se reducen a los elementos religiosos, y finalmente, considera que las festividades religiosas y cívicas cumplen la función de generar li-

derazgos en torno a los nombrados para ejercer los cargos, y para el colectivo es el medio para refrendar la pertenencia al pueblo, contribuyendo a la continuidad de las identidades locales.

A pesar de la existencia de notables rasgos en común, hay diferencias significativas entre los pueblos, como el mismo autor expone: no todos tienen un origen netamente prehispánico; como ya se mencionó anteriormente, aun los pueblos de origen prehispánico sufrieron fuertes transformaciones durante el periodo colonial, y algunos, en épocas recientes, por lo que no puede hablarse de que sus prácticas y formas de organización se consideren como algo eminentemente “original”, es decir, han soportado procesos de hibridación y sincretismo que los han llevado a incorporar prácticas y elementos mestizos, transformando así su carácter clásicamente indígena. Muchos pueblos han perdido control sobre su territorio y más que nada, sobre sus recursos naturales (agua, tierra, etcétera), lo cual los ha despojado de uno de sus principales elementos constitutivos. En el caso de los pueblos del norte la experiencia histórica ha sido muy diferente, ya que de manera pronta y acelerada, se incorporaron a procesos industriales y urbanos respecto de los del sur, sur-oriente y sur-poniente, que conservan una estructura agraria que en ocasiones todavía opera y cuyos procesos de urbanización son sumamente tardíos.¹³

Es necesario incorporar a este

¹³ *Ibidem*, pág. 11.

complejo y diverso escenario una clasificación de los pueblos originarios a partir del desarrollo y consolidación de las características antes citadas y de su grado de incorporación a la dinámica urbana. Con base en la propuesta de Iván Gomezcézar,¹⁴ podemos identificar cuatro tipos: 1. Los pueblos rurales y semirurales en la zona sur y sur-poniente del Distrito Federal, entre los que podemos anotar, por ejemplo, a San Andrés Mixquic, Santo Tomás Ajusco, Villa Milpa Alta, San Gregorio Atlapulco, San Pedro Tláhuac, Xochimilco; 2. Pueblos urbanos con un pasado rural reciente como San Francisco Culhuacán, Santa Cruz Meyehualco, San Pedro Xalpa, Santiago Ahuizotla, San Pedro Zacatenco; 3. Pueblos urbanos con una vida comunitaria limitada como el caso de Cuauhtepac, San Bartolo Atepehuacan, San Simón Tolnáhuac, y 4. Pueblos de otros orígenes que se han asimilado a formas de organización de los pueblos, como los casos de San Juan de Aragón y Santa María Tepepan.¹⁵

¹⁴ Iván Gomezcézar, “Introducción. Los pueblos y la Ciudad de México”, en Álvarez, Lucía (coord.), *Pueblos urbanos. Identidad, ciudadanía y territorio en la Ciudad de México*, México, UNAM, Conacyt, M.Á. Porrúa, págs. XI-XIV.

¹⁵ Es imposible en este texto establecer el número de pueblos originarios en la Ciudad de México y enlistar sus nombres ya que no hay, hasta el momento, un consenso al respecto entre académicos, autoridades y organizaciones representantes de esas comunidades. Sólo por ilustrar esta situación: el Instituto Electoral del Distrito Federal considera sólo 40, Teresa Mora establece la existencia de 117 pueblos y el Gobierno del Distrito Federal y la Asamblea Legislativa del D.F. identifican 143 pueblos originarios, 156 barrios pertenecientes a un pueblo originario y 15 barrios originarios. Esta variación se debe, precisamente, a los criterios de cómo son definidos y, sobre todo, a cómo se autodefinen los habitantes de esos lugares.

Ante este novedoso panorama, que no sólo se observa en la Ciudad de México sino en otras metrópolis del país, existen actores políticos y sociales, así como académicos que cuestionan la existencia misma y las formas de organización de los pueblos originarios, y no consideran pertinente atender sus demandas en clave multiculturalista (reconocimiento de las diferencias y las identidades culturales, asegurando que las instituciones promuevan y otorguen a los individuos las condiciones o los medios efectivos para cultivar y transmitir sus diferencias). Argumentan, entre otros aspectos, que la idea de pueblo o comunidad son invenciones ideológico-políticas que generalizan y definen artificialmente pertenencias e identidades étnicas y culturales, las cuales tienden a homogeneizar y restringir la libertad de los miembros del grupo. Plantean que sus necesidades deben de procesarse a través de los mecanismos y las instituciones de la democracia liberal con base en derechos individuales no colectivos, ya que los derechos cuyo titular es un grupo y no un individuo es absolutamente incompatible, lógica y políticamente, con la idea de derechos humanos fundamentales. Exponen que utilizar la reivindicación histórico-cultural sólo provoca diferencias y desigualdades entre los grupos de la sociedad. Algunos llegan a considerar las reivindicaciones multiculturalistas de los pueblos originarios como una moda político-académica



con tintes conservadores y hasta reaccionarios, aunque sean enarbolados como progresistas, pues en el fondo, algunos de sus argumentos tienen una perspectiva esencialista y metafísica de lo cultural y lo social. Sin duda, el debate está abierto, es amplio y tiene diferentes aristas.¹⁶

¹⁶ La bibliografía sobre el debate de estos temas es muy amplia, sin embargo, por cuestiones de espacio sólo anotamos dos materiales que dan cuenta de las posiciones divergentes y la intensidad de la discusión: Luis Salazar, "El multiculturalismo y la crisis del socialismo", en *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 20, agosto de 2002, págs. 161-167; Ermanno Vitale, *Liberalismo y multiculturalismo. Un desafío para el pensamiento democrático*, México, Océano, 2000.

A pesar de los agudos cuestionamientos, en los hechos el ascenso de este actor colectivo en los años recientes ha provocado, por una parte, la consolidación de su propio discurso reivindicativo y la autodefinición de otras comunidades que se descubren a sí mismas como posibles herederas de lo “originario”; por otra parte, con su actuar han conseguido influir en la concepción político-programática gubernamental referente a la diversidad cultural. Esta concepción se expresa en cambios jurídicos y políticos, con perspectiva multicultural, como los casos de la inclusión de una figura de representación política denominada Consejos de Pueblo en la Ley de Participación Ciudadana del Distrito Federal, la elaboración de políticas sociales y culturales gubernamentales, que consideran a estos pueblos como sujetos de atención estatal, como el Programa de Apoyo a Pueblos Originarios, la institucionalización del Consejo de los Pueblos y Barrios Originarios del Distrito Federal como instancia gubernamental de vinculación con ellos, así como su participación en ciertos procesos de política urbana o medioambiental relacionados con sus entornos inmediatos. Sin embargo, su reconocimiento paulatino también ha generado en el entramado local interacciones conflictivas entre las comunidades originarias y otros grupos que comparten el mismo territorio; asimismo no dejan de ser, en determinados momentos, conflictivas las relaciones de esas comunidades con las mismas ins-

tancias gubernamentales delegacionales, capitalinas y en ocasiones federales.

Los pueblos originarios de la Ciudad de México ya no son sólo parte de un registro histórico de lo que fue la ciudad, sino hoy día sus diversas comunidades se han ido conformando en un actor colectivo que se agrega a la diversidad cultural y social de nuestra ciudad capital.

Conclusiones

Como se observa en esta breve revisión de su historia reciente y de sus características generales, los pueblos originarios urbanos son una compleja realidad que está presente en la Ciudad de México y confines circunvecinos. A la pregunta inicial que plantea si estos pueblos son nuevos actores en el entramado multicultural de la capital del país, la respuesta es positiva. De una reivindicación cultural, las comunidades de esos pueblos han pasado a convertirse en actores sociales, y hoy también se han transformado en actores políticos, que a través de la acción colectiva han reivindicado su pasado, sus derechos y su espacio. No obstante que en determinadas demandas haya convergencia e intereses comunes y en ellos se articulan su discurso y su acción, la diversidad que les es propia produce al mismo tiempo formas particulares de acción, conflictividades internas no resueltas, formas de organización con diferentes grados de efectividad, así como necesidades específicas por las cuales cada comunidad lucha.

Ante la compleja realidad socio-cultural de la metrópoli es preciso que la sociedad asuma que “la experiencia de habitar en esta ciudad no es la misma para todos los pobladores, y que las diferentes maneras de construcción del sentido, de habitarla y representarla son el resultado no sólo de su diversidad social, sino de su diversa composición cultural. No estamos ante una sola cultura urbana, sino que en ella se distingue una dimensión multicultural donde coexisten distintos sujetos y actores sociales”.¹⁷ La gestión de esa dimensión multicultural de la ciudad requiere no nada más de conocimientos, sino de voluntad política y de un proyecto de ciudad plural y democrática.

La gestión de la diversidad y de las diferencias es una tarea cotidiana y un gran reto. Como bien plantean Borja y Castell, “la gestión de dichas tensiones, la construcción de la convivencia en el respeto de las diferencias son algunos de los retos más importantes que ha tenido y tienen todas las sociedades”.¹⁸ En particular lo es para las grandes metrópolis como la Ciudad de México, en el que uno de los ejemplos más nítidos es el caso de los pueblos originarios urbanos. Por ello es preciso que en la actualidad se acepte que “la historia y la realidad de los pueblos urbanos es parte constitutiva de la realidad y de la problemática urbana, [...] que conduce a repensar (y transformar), entre otras cuestiones, las

formas de gobierno y de representación de la ciudad”,¹⁹ situación que podría contribuir a revalorar la ciudadanía a partir del reconocimiento y respeto a los diversos modos de habitar la ciudad y de apropiarse de ella.

Bibliografía

Álvarez, Lucía (coord.), *Pueblos urbanos. Identidad, ciudadanía y territorio en la Ciudad de México*, México, UNAM, Conacyt, Miguel Ángel Porrúa, 2011.

Álvarez, Lucía, “La diversidad de los pueblos de la Ciudad de México”, en *La Jornada del Campo*, núm. 38, 20 de noviembre de 2010, págs. 10-11.

Borja, Jordi y Manuel Castell, *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus, 1997.

Duhau, Emilio y Angela Giglia, *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, México, Siglo XXI Editores, UAM-Azcapotzalco, 2010.

Giménez, Gilberto, “De la multiculturalidad a la interculturalidad: nuevos planteamientos sobre la dinámica cultural y el derecho a la cultura”, en Casas, Rosalba y Hubert Carton de Grammont (comp.), *Democracia, conocimiento y cultura*, México, UNAM, 2012, págs. 321-338.

Gomezcésar, Iván, “Introducción. Los pueblos y la Ciudad de México”, en Álvarez Lucía (coord.), *Pueblos urbanos*.

¹⁷ Raúl Nieto, *op. cit.*, pág. 20.

¹⁸ Jordi Borja y Manuel Castell, *op. cit.*, pág. 111.

¹⁹ Lucía Álvarez, *Pueblos urbanos. Identidad, ciudadanía y territorio en la Ciudad de México*, pág. 390.

-
- Identidad, ciudadanía y territorio en la Ciudad de México*, México, UNAM, Conacyt, Miguel Ángel Porrúa, págs. V-XVI.
- Martínez Assad, Carlos, *La ciudad de los inmigrantes*, en Ziccardi Alicia (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, México, UNAM, 2012, págs. 805-831.
- Medina, Andrés (coord.), *Historia negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*, México, UNAM, UACM, 2007.
- Mora, Teresa (coord.), *Atlas etnográfico de la Ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008.
- Nieto, Raúl, “Multiculturalidad en la periferia urbana: la tensión entre lo público y lo privado”, en *Nueva Antropología*, vol. XVII, núm. 57, agosto de 2000, págs. 57-67.
- Nivón, Eduardo, “Metrópoli y multiculturalidad”, en Aguilar, Miguel Ángel, César Cisneros y Eduardo Nivón (coords.), *Territorio y cultura en la Ciudad de México*, t. 2, *Diversidad*, México, UAM-Iztapalapa, Plaza y Valdés, 1999, págs. 115-130.
- Nueva Antropología* (Prácticas políticas y religiosas de los pueblos originarios de la Ciudad de México en el siglo XXI), vol. XXIII, núm. 73, julio-diciembre de 2010.
- Portal, María Ana, *Ciudadanos desde el pueblo. Identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec, Tlalpan, México, DF*, México, UAM-Iztapalapa, Dirección de Culturas Populares, 1997.
- Portal, María Ana, “El desarrollo urbano y su impacto en los pueblos originarios en la Ciudad de México”, en *Alteridades*, año 23, núm. 46, julio-diciembre de 2013, págs. 53-64.
- Salazar, Luis, “El multiculturalismo y la crisis del socialismo”, en *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 20, agosto de 2002, págs. 161-167.
- Vitale, Ermanno, *Liberalismo y multiculturalismo. Un desafío para el pensamiento democrático*, México, Océano, 2000.
- Yanes, Pablo, *El desafío de la diversidad. Los pueblos indígenas, la Ciudad de México y las políticas públicas del Gobierno del Distrito Federal, 1998-2006*, tesis de Maestría en Gobierno y Asuntos Públicos, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2007.